

JOSEP SAMPERE



EL
POZO
DETRÁS DE LA
PUERTA

ANAYA

JOSEP SAMPERE



EL
POZO
DETRÁS DE LA
PUERTA

ANAYA

Título original: *El pou darrere la porta*

1.ª edición: octubre de 2015

© Josep Sampere, 2009, 2015

© Editorial Barcanova, 2009

© De la ilustración de cubierta: Eva Vázquez, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7179-1

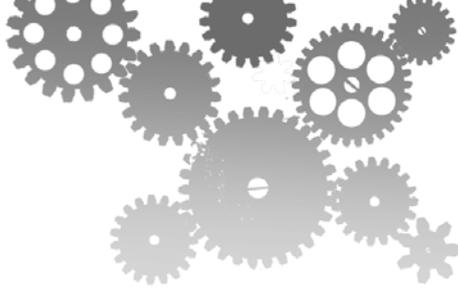
Depósito legal: M-21098-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Núria, por acompañarme siempre hasta el final



PRIMERO

El ascensor se detuvo en el piso dieciocho, aunque Álex iba al veinte. No era la primera vez que ocurría, ni la segunda. Era, en concreto, la tercera.

Álex se miró en el espejo lleno de huellas dactilares de la cabina. Frunció el ceño con aire teatral, como si estuviera profundamente desconcertado. Luego alargó el dedo y apretó varias veces el botón del piso veinte.

El ascensor no dio señales de vida.

«¿No dicen que a la tercera va la vencida?», pensó, enojado.

Se ajustó la bolsa que llevaba en bandolera, repleta de libros de la biblioteca, y salió del ascensor con un exagerado caminar, como si se dispusiera a emprender la escalada de una montaña.

En el rellano, frente a la entrada del dieciocho B, encontró a una chica. Aparentaba unos dieciséis años, la misma edad que él.

Había dejado la puerta entreabierta, y del fondo del piso llegaba amortiguado el jaleo del televisor.

—Hola —dijo Álex, al pasar por delante. Se habían cruzado en varias ocasiones, pero no habían hablado nunca. De hecho, no había cambiado una sola palabra con el

noventa por ciento de los vecinos que habitaban aquel rascacielos único e irrepetible. Era una rareza arquitectónica que quebraba la silueta uniforme de la ciudad, como un gigante de circo rodeado de enanos. Era la única nota discordante de una ciudad monótona, un signo de exclamación descomunal y feroz, a cuyo alrededor los demás edificios parecían mudos y encogidos de miedo.

—Vives en el veinte, ¿verdad? —le preguntó la chica, mirándole con ojos escrutadores. Toda ella tenía un aire inquisitivo e inquieto, como si no dejara nunca de hacer, y de hacerse preguntas: pelo corto, frente despejada, gafas. Llevaba en la mano un lápiz con la punta gastada, y lo movía rítmicamente arriba y abajo. Parecía que estuviera marcando el compás de sus pensamientos.

—Sí —contestó Álex—. Se ha averiado el ascensor.

—¿Se ha averiado? —preguntó ella.

—Sí.

La chica se quedó mirándole.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que se ha averiado.

Álex le devolvió una mirada de sorpresa.

—Ha quedado atascado en esta planta —dijo—. No quería subir más.

El ascensor se puso en marcha y reanudó su camino edificio arriba.

—¡Eh! —exclamó Álex, como si acabaran de quitarle un taxi.

La chica esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—¿Lo ves?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—No estaba averiado.

—¿Cómo lo sabías?

La chica dejó de mover el lápiz.

—Porque ocurre a menudo.

—Tienes razón —admitió Álex—. Me ha ocurrido tres veces.

—Ya lo sabía —afirmó ella.

—¿Eh?

—Las he contado —añadió—. Los tres incidentes se han producido esta semana: lunes, jueves y viernes, es decir, hoy. Curiosamente, en el ascensor siempre ibas tú.

Álex la miró boquiabierto.

—¿Te dedicas a hacer estadísticas? —preguntó, incrédulo.

—No exactamente —contestó ella, esquiva.

Del fondo del piso llegó una carcajada estrepitosa. La chica se volvió y entornó la puerta.

—Mis abuelos son un poco duros de oído. Siempre les recomiendo que pongan los subtítulos, pero ellos se hacen los sordos.

—¿Vives con tus abuelos? —preguntó Álex.

—Digamos que ellos viven conmigo —replicó la chica—. En términos estadísticos, lo que hago por ellos supera ampliamente lo que ellos hacen por mí. Eso no significa que me moleste, claro.

Álex iba a preguntarle por sus padres, pero intuyó alguna tragedia, así que prefirió morderse la lengua.

—Mis padres murieron en un accidente aéreo —explicó ella, leyéndole el pensamiento—. En términos estadísticos, fueron la excepción de la regla. Ya se sabe que fallecen muchas más personas en accidentes de tráfico, etcétera, etcétera. Por el mismo precio, habría podido tocarles la lotería, que también es bastante improbable.

—Lo siento mucho —dijo Álex.

—Gracias.

Hubo un silencio incómodo. Durante un rato no se oyó otra cosa que los chillidos que venían del televisor lejano.

—¿Por qué llamas «incidentes» a las averías del ascensor? —preguntó Álex.

—Porque no son averías —contestó ella con rotundidad.

—¿Qué insinúas? ¿Que son intencionadas?

—Yo las llamo incidentes —respondió ella—. Pero también me gusta denominarlas «microfenómenos».

—¿Micro... fenómenos? —dijo Álex lentamente—. ¿De dónde has sacado este vocabulario?

—De la manga —replicó ella—. Es la única forma de encontrar los términos que necesitas para describir situaciones que no entiendes.

Álex meneó la cabeza, confundido.

—¿Qué es lo que no entiendes, si se puede saber?

La chica bajó la voz.

—Que vengan mecánicos a inspeccionar el ascensor y nunca encuentren ninguna avería...

Álex esperó a que completara los puntos suspensivos.

—... y que los vecinos del edificio, aparentemente, no se percaten de estos incidentes.

—Pero si han venido mecánicos, es que los habrán avisado ellos... ¿O no?

La chica bajó la voz un poco más:

—Claro, por eso los incidentes son cada vez más imperceptibles. Cada vez pasan más desapercibidos. Se han transformado en microfenómenos: tienes que estar muy alerta para detectarlos. Como en nuestro caso, por ejemplo...

—¿A qué te refieres?

—Has tenido que bajar tres veces a mi planta. Las dos primeras no cuentan, pero a la tercera...

—A la tercera, ¿qué?

—A la tercera nos hemos conocido.

—Nos podríamos haber conocido de mil maneras diferentes —razonó Álex—, por pura y simple casualidad.

Estalló otra carcajada procedente del televisor, esta vez colectiva, como si un público invisible se burlara ostentosamente de sus palabras.

La chica dio una ojeada a la bolsa repleta de libros.

—Te gusta leer, ¿verdad?

—Mucho —admitió Álex.

—A mí también. Pero yo no leo únicamente libros. También intento leer lo que pasa a mi alrededor. ¿Y sabes qué? Me gustaría creer que las cosas no ocurren porque sí... Que el accidente en que murieron mis padres, por ejemplo, tenía algún sentido que un día u otro se va aclarar.

Se calló en seco y bajó la vista, como si se hubiera metido sin querer en un terreno demasiado íntimo. Álex sospechaba que no debía de conocer a muchas personas dispuestas a escuchar sus elucubraciones. Unos abuelos sordos no debían de ser los interlocutores más idóneos.

Él, en cambio, tenía ganas de escucharla. Le gustaba la seriedad un poco burlona con la que se expresaba, su lenguaje esotérico, las ráfagas de locura que le iluminaban los ojos. Le gustaba el aire sabihondo y maniático que le daba el lápiz despuntado —y roído— que hacía bailar entre los dedos.

—Si crees que nos hemos conocido a causa de estos «incidentes» —dijo Álex de una tirada—, quizá sería mejor que me hablaras de ellos más a fondo.

—¿De veras? —replicó ella, dudosa.

—¿Quieres que nos volvamos a ver?

—¿Cuándo?

—¿Más tarde?

—¿En el bar de los bajos, dentro de cinco minutos?

—Treinta, si te parece bien.

—Vale —dijo ella, estrechándole la mano—. Me llamo

Olga.

—Álex.

Ese apretón de manos, tan inesperado, tan solemne, suscitó en él una intuición extraña: que acababan de hacer un pacto.

Cuando se volvía para pedir el ascensor, maquinalmente, Olga le tocó al hombro con el lápiz.

—Más vale que subas a pie —le aconsejó—. Por si acaso.

Él se dio la vuelta y le sonrió.

Olga estaba muy seria y le miraba sin una pizca de ironía.

Álex asintió con la cabeza, avergonzado sin motivo, e inició la escalada hacia su piso.

Álex y Olga sospechan que en su edificio se esconde un intruso que maneja las vidas de los vecinos. Todos han sufrido pequeños «incidentes» con el ascensor, incidentes que han cambiado sus destinos. Cuando los dos jóvenes investigan el asunto, todas las pistas los llevan a la sala de máquinas del edificio. Lo que los espera allí podría no ser humano, sino un ser mucho más poderoso. Los sueños de los vecinos se cumplen del modo más siniestro...

**PERO EL POZO NO CONCEDE NINGÚN DESEO
SIN RECIBIR UN TRIBUTO A CAMBIO.**



1525174

ANAYA